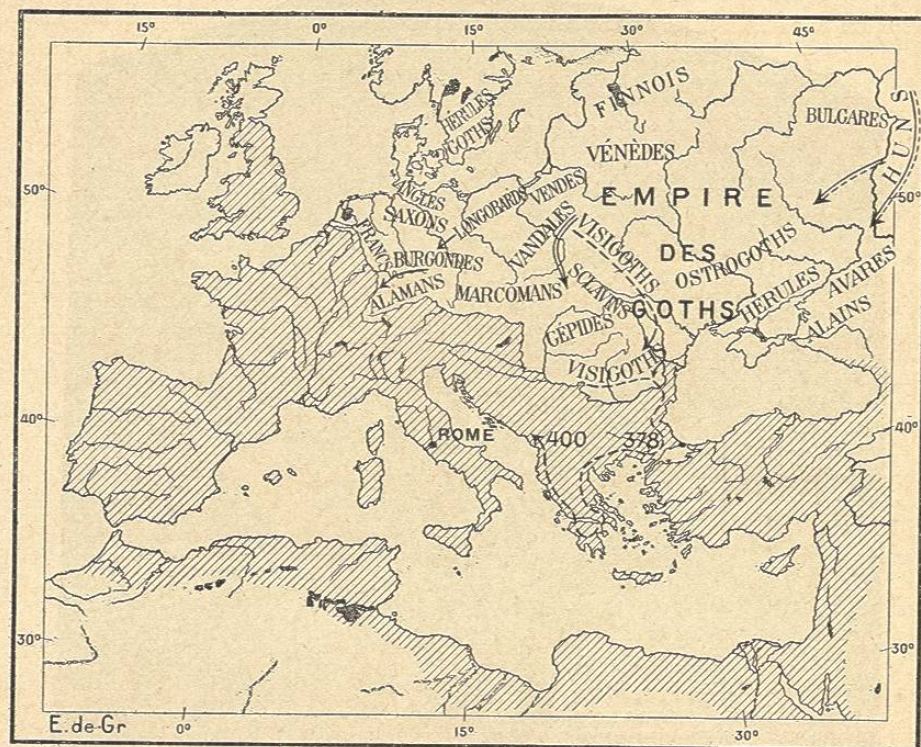


novedad, contra la libertad misma del pensamiento, y sirve todavía á todo gobierno para emplearla contra aquellos á quienes teme.

Un edicto de 370, dirigido por Valentiniano, Valente y Gra-

N.º 260. Europa de 375 á 400.



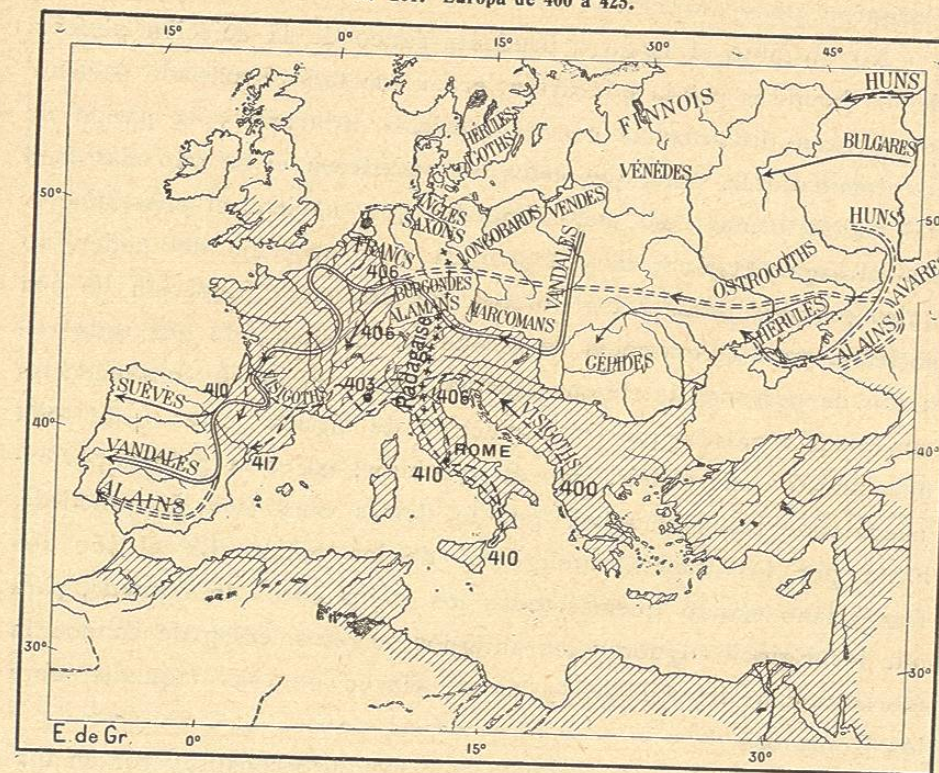
La superficie rayada es la del Imperio Romano hacia el año 380. Los Godos habían constituido en el siglo IV un imperio que se extendía desde el Mar Negro al Báltico. Bajo la presión que hicieron sufrir al reino los Hunos, que aparecieron en 372 sobre las orillas del Volga, la parte occidental de la nación se puso en marcha. En 378 el emperador Valente pereció en Andrinópolis tratando de detenerlos, y todo lo que pudo hacer Teodosio fué tomar una parte de ellos á sueldo y acantonar los otros á lo largo del bajo Danubio. Pero algunos años más tarde, conducidos por Alarico, los Visigodos se ponen otra vez en marcha, atraviesan Grecia y se dirigen hacia Italia.

El trazado de sus movimientos está tomado de André Lefèvre (*Germanians et Slaves*), lo mismo que el de los desplazamientos que efectuaron, entre otros, Burgondios, Longobardos y Vándalos.

ciano á Olibrio, prefecto de Roma, pone de manifiesto con qué espíritu de despotismo fué interpretado ese derecho de intervención del gobierno, considerado como director de la instrucción pública: todos los que querían estudiar en Roma habían ante todo de pre-

sentar al «jefe del censo» ó prefecto de policía las cartas de los gobernadores de provincia dándoles permiso para estudiar y declarando su naturaleza, edad y cualidades. Después de haberse

N.º 261. Europa de 400 á 425.



La superficie rayada es la del Imperio Romano hacia el año 420. Continuando su movimiento, los Visigodos atraviesan el valle del Po. Un vándalo, general de los Romanos, Estilicon, secundado por 60 000 Hunos, los bate en Polencia (403). Pero algunos años después Alarico toma á Roma, continúa su marcha hacia la Italia meridional y muere cerca del estrecho de Mesina. El jefe que le reemplaza se pone al servicio del gobierno romano; parte en persecución de los Vándalos y llega al valle del Ebro en 417.

En 405 Estilicon destroza cerca de Florencia una multitud, que, conducida por un rey sacerdote, Radagasto, había bajado por el valle del Adige.

Los Vándalos arrastrados por los Alanos, remontan el valle del Danubio; empujan ante sí los Suevos y otras poblaciones, desembocan en la Galia en 406 y atraviesan los Pirineos en 410.

El trazado de sus movimientos está tomado de André Lefèvre, lo mismo que el de los desplazamientos que efectuaron Burgondios, Hérulos, Búlgaros y Hunos.

inscrito en el curso, habían de hacer estrictamente los estudios indicados, obedecer los reglamentos de policía so pena de azotes, y partir después de haber cumplido la edad de veinte años: «si des-

cuidan de irse por sí mismos, el prefecto cuidará de despedirlos, aunque sea contra su voluntad»<sup>1</sup>. No les faltaba más que suprimir las iniciativas de las ciudades y de los individuos para la enseñanza, lo que los emperadores bizantinos, siguiendo la lógica de las ideas, realizaron poco después.

No obstante el largo y prudente rodeo de la sujeción perfecta de los hombres por la educación, era un método demasiado paciente y en gran discordancia con el capricho ordinario y la pasión de los dominadores, para que éstos no prefiriesen el método más fácil del mando brutal: era mejor impedir que naciera el pensamiento. Así el sagaz Trajano, muy lógico en su concepción del poder, no quiso permitir jamás á los obreros nicomedios la fundación de una sociedad para la extinción de incendios, considerando que toda reunión de personas inteligentes podía tener, según él, consecuencias mucho más graves que la destrucción de algunas casas ó de toda una ciudad<sup>2</sup>. Reprimir, impedir, prohibir, tal es la política por excelencia de los soberanos; por lo demás muy fácil de practicar, hasta por los menos inteligentes de los amos. En el año 290 Diocleciano mandó quemar todos los viejos libros de alquimia, para que los Egipcios ignoren los antiguos secretos, cesen de conocer la fabricación de los metales y no se eleven por sus riquezas sobre los Romanos<sup>3</sup>.

Después de las victorias de Teodosio, que reconstituyeron en apariencia y por pocos años la unidad del Imperio, el desdoble en dos mitades del Oriente y del Occidente se realizó por último de una manera definitiva hacia el fin del siglo IV de la era vulgar. Pero las dos mitades no representaban en extensión y sobre todo en fuerza el conjunto del mundo romano tal como había existido bajo los Trajano y Marco Aurelio. Los bárbaros habían penetrado en el Imperio. La nación de los Godos, una de las que menos merecían el nombre de «bárbara» y que se había civilizado gradualmente por su contacto con las poblaciones de la Dacia y de la Tracia, se había adelantado al sud del Danubio, después de haber franqueado los

<sup>1</sup> Albert Harrent, *Les Ecoles d'Antioche*, ps. 215 y 216.

<sup>2</sup> Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. I, p. 422.

<sup>3</sup> Marcellin Berthelot, *Collection des anciens Alchimistes grecs*, Introducción, p. 4.

Balkanes y librado una batalla victoriosa con los Romanos de Bizancio, cerca de la ciudad de Andrinópolis. Sus jinetes alcanzaron por un lado el mar Egeo, por el otro el mar Adriático. Verdad es que Teodosio logró cerrar el camino á esta inundación de hombres, pero participó del daño aceptando las nuevas condiciones económicas creadas por la irrupción de los Godos. Les dió tierras con la esperanza de arraigarles al suelo, haciendo así de jóvenes y belicosos salteadores otros tantos soldados labradores; así reclutó para su propio ejército cuarenta mil Godos convertidos en Romanos.

Por lo demás, á pesar de la decadencia cuyos evidentes testimonios llenaban de amargura á los ciudadanos de buen juicio, la «Ciudad Eterna», encarnando el Imperio, conservaba tan bien su prestigio que hasta los mismos bárbaros invasores apenas pensaban en la destrucción de su potencia; no querían sino participar en sus riquezas y en su gloria, y creían en su eternidad. Los extranjeros de todas razas englobadas en la inmensa extensión del mundo romano aspiraban sobre todo á convertirse en ciudadanos, en formar parte del pueblo por excelencia. Ninguna provincia antiguamente conquistada intentó recobrar su individualidad política, ninguna nacionalidad reivindicó su independencia para aislarse de nuevo del æcumeno universal. El Imperio Romano se conservaba por su masa poderosa y por su majestad, como uno de esos pesados arcos de triunfo que elevaron sus constructores y que subsisten aún roídos por el tiempo. No bastaron los miles de hombres esparcidos por las Galias para contener las poblaciones durante cinco siglos si la dominación del Romano hubiera sido verdaderamente execrada, si los hijos de los vencidos hubieran guardado la injuria de la derrota. No: por pesada que fuese la ley del extranjero, venía de tan alto, que parecía divina. Para humildes súbditos sin cohesión, conscientes de su debilidad, ¿qué potencia augusta emanaría del solo nombre de Roma, considerado como el símbolo de la fuerza por excelencia, casi como la del Destino! ¿Qué extraño es que los pueblos del inmenso æcumeno se prosternaran voluntariamente ante las estatuas de los emperadores y que creyeran realmente en la divinidad de aquellos dominadores? Lo contrario hubiera sido más difícil de comprender. El instinto de adoración que corresponde

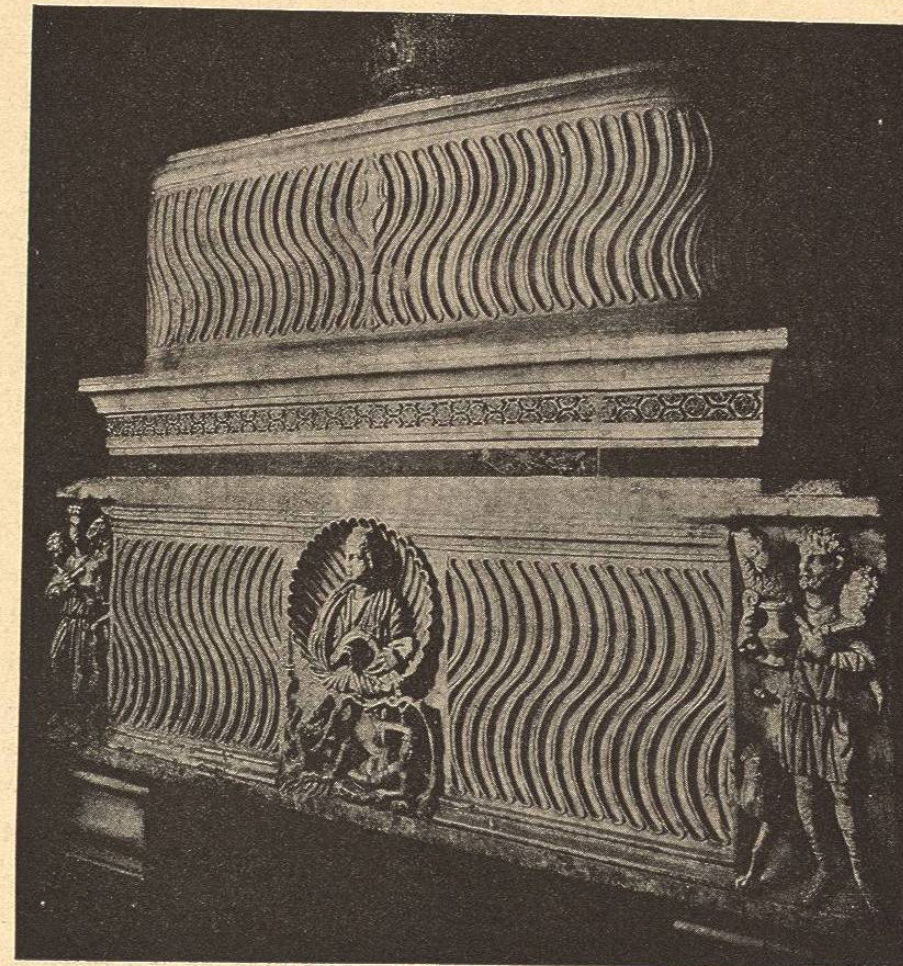
en el hombre al sentimiento de su propia debilidad y de su impotencia, está siempre á punto de manifestarse respecto de todos los detentadores de la fuerza, sobre todo cuando parece inmutable, como lo era hacía ya tanto tiempo la dominación romana. Después de la caída, la reverencia supersticiosa por el Santo Imperio Romano duró siglos, y aun no se ha extinguido.

Sin embargo, todas las luchas intestinas y exteriores acabaron por debilitar el sentimiento de intangibilidad romana (Fustel de Coulanges): la conciencia nacional desapareció en los ciudadanos mismos, aunque sobreviviendo todavía en las fórmulas y tradiciones. Cuando Bizancio reemplazó por fin á Roma como centro de la potencia imperial, ya no fué aquello la nación romana, sino una aglomeración de pueblos semi-bárbaros que apenas se conocían los unos á los otros y que los emperadores habían reunido bajo su autoridad<sup>1</sup>; aunque continuase existiendo la idea de la unidad romana, la escisión se realizaba sin que interviniera la voluntad. Se creía todavía en la persistencia de la gran Roma cuando existían ya dos emperadores con intereses esencialmente distintos. Los dos, iguales en poder y en prestigio, no eran sino la doble representación del poder soberano considerado como único. Vana ilusión, porque cuando Roma fué atacada, Bizancio, que continuaba teniendo su existencia propia y sus fuerzas especiales de vitalidad, había llegado á ser incapaz de ayudar al Imperio occidental contra el enemigo común.

El trabajo de desagregación, debido en gran parte á la presión del exterior que ejercían los pueblos inmigrantes, se determinaba igualmente por causas interiores, en cuyo número se contaba el cristianismo como la más activa. La propaganda cristiana sobrepasaba los límites del Imperio, dirigiéndose á los Godos y á los Vándalos no menos que á los Romanos, y hasta con una positiva preferencia, porque más fácil era á los evangelistas convertir los extranjeros cándidos que introducir la fe en las almas escépticas de civilizados que tenían conciencia de la antigua superioridad romana. ¿Se podía á la vez confesar á Jesús y venerar los héroes que habían hecho la grandeza de la ciudad?

<sup>1</sup> Victor Arnould, *Histoire sociale de l'Eglise*, «*Société Nouvelle*», Junio 1895.

Del mismo modo que al nacer el cristianismo se había librado del círculo estrecho de la sinagoga judía para dirigirse á los Griegos y á los Romanos, así también franqueaba á la sazón los límites del



SARCÓFAGO CRISTIANO CON OSAMENTAS DE VERDADEROS MÁRTIRES  
(Iglesia de San Presedio)

inmenso imperio para dirigirse á las multitudes bárbaras hasta las extremidades del mundo: no reconociendo fronteras, la religión cristiana disminuía por eso mismo su fuerza convencional y contribuía en parte con la filosofía á desarrollar la noción de una humanidad superior á cada pueblo, grupo ó Estado particular.

Toda revolución es un fenómeno complejo, y esta misma religión